



LAS
PUERTAS
DEL
ABISMO

SAGA HUGO DE JACA

JORGE P. FORNIÉS



Índice

I. Las trompetas del apocalipsis	11
II. Garland de Anjou	19
III. La huida	23
IV. Extrañas noticias	25
V. <i>Bwad al-Jhym</i>	29
VI. La caída de al-Mansur	35
VII. Dos monjes, un pastor y una bruja	39
VIII. El Encapuchado Gris	47
IX. Dulces heridas	53
X. La cacería	55
XI. Fulco el Negro	59
XII. Viejos fantasmas	63
XIII. El emperador y el papa	71
XIV. El hijo del guerrero	81
XV. Ambiciones ocultas	85
XVI. La huida de Sant'Angelo	91
XVII. Secretos	97
XVIII. A río revuelto	105
XIX. El aliento del cazador	113
XX. Sombras en la noche	121

XXI. En puerto seguro	135
XXII. La brecha equivocada.	143
XXIII. La posada	153
XXIV. El asedio de Córdoba	165
XXV. Prisioneros	169
XXVI. La condesa	175
XXVII. Soldados del rey	187
XXVIII. Sangre y vino	193
XXIX. Sueños premonitorios	207
XXX. Camino de París	211
XXXI. La Curia Regis.	227
XXXII. La mantícora	239
XXXIII. Enemigos íntimos	259
XXXIV. Campesinos.	269
XXXV. El abad.	287
XXXVI. Venganza	295
XXXVII. Salteadores de caminos	303
XXXVIII. Pamplona.	309
XXXIX. Traición.	327
XL. Clanes	347
XLI. Sicario.	357
XLII. Sueños rotos.	367
XLIII. Pecados	373
XLIV. El robo	375
XLV. Nale Galo	385

XLVI. Perseguido	407
XLVII. De demonios y hombres	415
XLVIII. La batalla de Tours	429
XLIX. La trampa	461
L. Las brujas de Oza	473
LI. Qal'at Ayyub	491
LII. Buscando culpables	499
LIII. Los hermanos unitarios	507
LIV. Milagros y santos	517
LV. La lanza de san Mauricio	545
LVI. Regreso de entre los muertos	553
LVII. Peludos	567
LVIII. Preparando el engaño	585
LIX. La batalla del Valle del Tevere	595
LX. Coincidencias	615
LXI. Burgos	621
LXII. El ataque	637
LXIII. Besos que matan	643
LXIV. Enma de Mercia	649
LXV. Aciagas noticias	677
LXVI. Diplomacia	687
LXVII. El general	695
LXVIII. Un alto precio	713
LXIX. La fortaleza desierta	725
LXX. Monstruos	729

LXXI. Extraños aliados.....	753
LXXII. Constantinopla	767
LXXIII. Esperanza y miedo	771
Epílogo.....	773
Bibliografía.....	787

I

Las trompetas del apocalipsis

Monasterio de Siresa, 1 de enero del año 1000

Hugo creyó que jamás saldría el sol, pero el alba llegó. Se vistió con manos temblorosas, se lavó la cara con el agua helada de la palangana y a paso rápido se dirigió a la celda del abad.

Había sido incapaz de dormir durante la noche, ni él ni posiblemente nadie a muchas leguas a la redonda, tras haber sobrevivido a la noche más infernal que la humanidad hubiera conocido. Una tormenta de proporciones imposibles con el cielo cuajado de rayos, vientos que arrancaban los árboles de raíz y aquella horrible luna llena del color de la sangre sobre sus cabezas, tiñendo el cielo obscenamente.

Aunque su cabeza le decía que aquello no podía estar sucediendo, su corazón latía con la sospecha de que algo terrible había ocurrido. Que la leyenda, el cuento que los asustados campesinos se contaban unos a otros en voz baja en mitad de la noche, había ocurrido realmente. Sin embargo, la razón le susurraba que se trataba de una locura.

Hugo era un hombre instruido, algo inusual en aquellos tiempos. Sabía que los reinos y condados hispánicos ni siquiera se guiaban por el calendario carolingio, ya que databan a partir de la conquista romana de Hispania, en el año 37 antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Debido a ello, el año mil hispánico ya había pasado, coincidiendo con el año 962 del resto de Europa. A eso había que añadir que el calendario musulmán tampoco coincidía con el que usaban los pueblos cristianos, contando los años por la Hégira, o huida de Mahoma de La Meca a Medina en el año 622 del calendario cristiano carolingio, por lo que se encontraban en el año 389 de su calendario.

Incluso algunos de los pocos locos que afirmaban que el apocalipsis se acercaba señalaban el principio del año 1001 como la fecha fatal. Sin embargo, ninguno de estos pensamientos tranquilizaba el ánimo de Hugo, que se encaminó nervioso en busca del abad. Necesitaba las respuestas y el consuelo de un hombre sabio, y no conocía a nadie que superara en sabiduría al abad Fortuño.

Cuando llamó a la puerta de su celda, no le encontró en ella; dirigió inmediatamente sus pasos hacia la capilla. Allí le halló, subido a una escalera frente a una ventana ciega del ábside, con un mazo enorme en la mano, que lo desequilibraba peligrosamente y amenazaba con hacerle caer.

El abad era un hombrecillo pequeño, con una calva redonda y brillante y una barba rala, como de chivo, del color de la arena. Aunque parecía un hombre frágil, estaba dotado de una energía inagotable, capaz de extenuar a una docena de novicios imberbes.

—Hugo, rápido, acércate a echarme una mano y ayúdame a derribar esta falsa ventana con el mazo.

—Abad Fortuño, ¿qué ocurrió anoche? ¿Lo soñé o fue realidad?

Este negó con gesto preocupado.

—Ojalá pudiera decirte que fue una pesadilla, pero algo terrible ocurrió anoche. Las fuerzas de la oscuridad se han desatado. ¡El apocalipsis!

—Pero ¿qué será de nosotros, padre? —preguntó mientras ayudaba al anciano abad a descender por la escalera.

—Solo Dios lo sabe. Pero no pierdas la esperanza, hijo mío. Anoche, en sueños, vi algo. Los demonios vendrán a por el cáliz sagrado. Hay que sacarlo de su escondite y llevarlo a lugar seguro.

El abad le pasó el mazo, y le invitó a subir a la escalera y derribar el falso murete, mientras el joven monje le miraba sorprendido ante aquella revelación.

—No puedo creerlo. ¿En verdad la leyenda es cierta? ¿Se encuentra entre los muros de este monasterio el cáliz sagrado de Nuestro Señor Jesucristo?

—No es una leyenda. La Iglesia ha confundido a sus enemigos extendiendo diferentes leyendas sobre su localización: en Génova, en Normandía... Sin embargo, fue el papa Sixto II, a mediados del siglo III, quien ante las persecuciones de los cristianos envió a su joven diácono Lorenzo a ocultar el cáliz. Este lo llevó hasta Huesca, de donde era originario, y lo escondió en las

montañas aragonesas, recalando finalmente en nuestro monasterio —le explicaba mientras ascendía por la escalera—. Ni siquiera Almanzor encontró el santo grial el pasado año, cuando asoló estas tierras y el monasterio en una de sus razias. Como Lorenzo, debes poner a salvo el cáliz y protegerlo con tu vida. Debes evitar que caiga en malas manos, o las consecuencias podrían ser fatales. Para que tu carga sea menos pesada y no recaiga tan solo sobre tus hombros, te acompañará alguien a quien conoces muy bien, el hermano Guillermo de Fâecamp.

—¿A quién decís que debo acompañar? —gritó un monje enorme con cuello de toro, frondosa barba y largas melenas pelirrojas que caían salvajemente a los lados de su cara. El conjunto producía el efecto de un vikingo disfrazado de monje, lo cual tenía cierta lógica teniendo en cuenta su origen normando. Sin embargo, era un monje real que había llegado a la abadía hacía más de quince años, cuando Hugo era un mocoso con apenas cinco primaveras vividas.

El hermano Guillermo había aparecido en la abadía hacía muchos años, cuando viajaba en peregrinación a Santiago en busca de perdón. Tras ser hospedado por los monjes durante una noche en la abadía, decidió que debía convertirse en uno de ellos. Rogó y suplicó al abad Fortuño durante tres días con sus correspondientes noches para que le dejase ingresar en ella, pues Dios se lo había encomendado en sueños. Su tesón consiguió derretir el corazón del abad Fortuño, quien finalmente lo aceptó como novicio a pesar de su edad.

Tras un largo periodo logró adaptarse a la espartana vida del monasterio, convirtiéndose en un monje piadoso, alegre y trabajador, aunque todavía resultaba un problema calmar su insaciable estómago. Aquel misterioso normando puso en forma a todos los hermanos, y les enseñó a usar las armas y a defenderse con eficacia. Una enseñanza vital en una época en que saber defenderse era la diferencia entre la vida y la muerte. Aquel hombre había sido el mejor amigo de Hugo durante toda su vida, enseñándole como un paciente maestro y protegiéndole como un atento hermano mayor.

El abad levantó la vista y miró con intensidad a los ojos del enorme monje, quien le sacaba un par de cabezas de altura.

—Hermano Guillermo, acercaos y prestadme atención. Vivimos tiempos difíciles, pero se avecinan tiempos terribles. Te pido, en nombre de Dios,

que te conviertas en la sombra del hermano Hugo, y lo protejas y obedezcas como nunca has obedecido a nadie, salvo a Dios.

A pesar de la diferencia de altura, pareció como si un gatito obligase a tumbarse y rodar por el suelo a un oso enorme. Guillermo le devolvió la mirada con gran tristeza, fruto de dolorosos y ocultos recuerdos.

—Mi lealtad para con mis superiores ha sido siempre inquebrantable, padre. He sido incluso demasiado leal en ocasiones —contestó, recordando algún oscuro hecho de su pasado—. Soy el hombre que buscáis.

Su sonrisa habitual volvió y zarandéó cariñosamente al abad.

—Por cierto, abad, ¿qué demonios pasó anoche?

—Hermano Guillermo, ¡esa lengua! —le regañó, con el tono de quien ha repetido la misma regañina hasta la extenuación.

Un fuerte golpe hizo girar las cabezas de ambos monjes hacia la escalera, donde Hugo había comenzado a golpear rítmicamente con el mazo.

Era el joven un apuesto mozo, alto y robusto, de apenas veinte años, pero con una inteligencia y sensatez impropia de su edad. Los monjes lo encontraron, siendo un mocoso, escondido mientras escuchaba las clases en la abadía. El abad descubrió en el niño, tras un pequeño interrogatorio, una brillante inteligencia y unas sorprendentes aptitudes para el estudio. Logró convencer al padre del muchacho, un humilde campesino al servicio del monasterio, para que autorizara su ingreso en la abadía. Los tiempos eran duros y no le costó demasiado convencer a aquel labriego, quien a pesar de perder un hijo para el campo sabía que aquello era una bendición para el niño. Dispondría de comida y alojamiento, así como de unos estudios y preparación muy superiores a los que tendría a su lado.

Con el paso del tiempo, el abad se encariñó profundamente de aquellos ojillos vivaces de color miel, de su pelo castaño revuelto y de esa mente despierta que devoraba los libros de la abadía, que no eran pocos.

Tras unas cuantas docenas de fuertes golpes, Hugo metió las manos lentamente por el agujero y con auténtica devoción extrajo con sumo cuidado el cáliz. En realidad, una copa de calcedonia granate de medio palmo de alto.

Sintió cómo el aire vibraba a su alrededor y le invadía un hormigueo a lo largo de los brazos. Ondas azuladas brotaron de su cuerpo, como si una mano invisible hubiese lanzado una piedra a un lago mágico. Miró hacia

abajo y se encontró a ambos hombres boquiabiertos, mirándole como si hubiesen visto a un fantasma meando en una tapia.

Pasados unos momentos, el hormigueo cesó y Hugo recuperó la normalidad.

—¡Santo Dios, jamás había visto nada parecido! —exclamó Fortuño—. He visto pasar el cáliz por diferentes manos y nunca vi una respuesta semejante.

El joven bajó las escaleras con cuidado, concentrado en no dejar caer la copa.

—Quizá anoche algo cambió y las reglas del mundo se han modificado.

—Razón de más para no dejar caer el cáliz en malas manos —le recordó el abad—. Su poder puede haberse multiplicado. Recuerda que la leyenda del cáliz le ha otorgado poderes curativos extraordinarios a lo largo de la historia.

—¿Y cómo usar semejantes poderes? —preguntó Guillermo, rascándose la cabeza.

—Por desgracia, desconozco esa parte. Deberéis descubrirlo vosotros. Algo me dice que nos esperan días de desesperanza y quizá os convirtáis en uno de los pocos clavos ardientes a los que agarrarnos.

—Pero ¿por dónde empezar, a quién acudir? —Hugo envolvió la copa sagrada en un paño y lo introdujo con cuidado en el zurrón de piel que el abad le entregó—. ¿No estaremos exagerando?

El abad negó con la cabeza.

—Tú mismo viste lo que pasó anoche, la última noche del año mil. Sabes que solo existe una explicación. Dudar solo facilitará la labor a las fuerzas del mal, a los demonios o como quieras llamarles. Ignoro contra qué o quién nos enfrentamos, pero no dudes de que serán poderosos y que codiciarán el cáliz con todas sus fuerzas. Quizá puedan extraer algún tipo de poder de los objetos sagrados o usarlos para sus nefastos fines. No debemos descartar ninguna posibilidad.

El abad Fortuño se frotó los ojos, cansado de cargar con la pesada losa con la que Dios le ponía a prueba.

—No os conté nada en su día, por pensar que se trataba de chaladuras de un viejo. Hace unos meses aparecieron en el monasterio unos hombres que se hacían llamar la Compañía de los Hombres Caídos. Se presentaron

como comerciantes que buscaban reliquias, pagándolas a muy buen precio; la verdad es que no tenían pinta de mercaderes, sino de mercenarios y asesinos. Me preguntaron por las reliquias que teníamos en el monasterio, interesándose especialmente por la leyenda del santo grial. Por supuesto, yo me refí de su ignorancia y los expulsé del monasterio con malos modos.

Las palabras del abad transformaron el miedo de Hugo en una amenaza real. Se cruzó el zurrón sobre el pecho en un gesto protector y se dirigió a Guillermo.

—Prepara nuestras cosas, y que nos ensillen dos caballos y una mula con viandas y pertrechos para varias jornadas.

—De acuerdo, muchacho. Iré también a por las armas; si algo tengo claro en toda esta historia de locos es que las vamos a necesitar.

Se alejó el monje con paso vivo, en dirección a las cuadras. Hugo observó marcharse a aquel hombretón que le había criado y enseñado con cariño y disciplina, en quien confiaría su propia vida de ser necesario. No se le ocurría mejor compañero para tan amargo viaje. Incluso hubiese jurado que sonreía cuando se iba. Quizá el normando recordaba su vida anterior y anhelaba la acción de tiempos pasados.

—Acompáñame a la biblioteca, tenemos otros temas importantes que tratar antes de tu marcha.

Hugo siguió al abad Fortuño hasta el *scriptorium*. Se trataba de una sala no demasiado grande pero bien iluminada, con el objeto de que los monjes pudiesen dedicarse a copiar códices durante el máximo de horas de luz natural posible, dado el coste de las velas y aceites, además del riesgo de incendio que supondría para el monasterio, y en especial para su biblioteca.

Mientras cruzaban la sala, Hugo observó a los monjes copistas y miniaturistas, atareados en sus mesas situadas a lo largo de las escasas ventanas, usando con suma precisión sus plumas finas y sus cuernos con tinta, consultando pacientemente los libros en sus atriles, o alisando los pergaminos con piedra pómez; los dejaron atrás y siguió al abad Fortuño hasta una de las esquinas de la sala, escondida tras una arcada.

—De nuevo necesito de tus jóvenes brazos —explicó mientras le pasaba de nuevo el pesado mazo—. Ten cuidado al derribar este tabique; es muy débil y el espacio para los libros es escaso.

—Llevo toda una vida en el monasterio y me lleváis de sorpresa en sorpresa, padre. ¿Qué clase de libros se guarda aquí, que necesitan proteger tras un muro?

—La protección no es para los libros, hijo mío, sino para los incautos ojos que se posen sobre ellos.

Tras unos cuantos y precisos martillazos, realizaron un agujero suficientemente grande para acceder al pequeño cubículo; en su interior se encontraba una pequeña estantería con seis códices llenos de polvo y telarañas. Extrajo uno de los volúmenes y se lo entregó a Hugo.

—Tienes entre tus manos quizá el único códice que ha sobrevivido del *Bwad al-Jbym*, también conocido desde épocas remotas como *Las puertas del abismo*.

A Hugo le pareció que la portada de piel del libro tenía un tacto suave y a la vez repulsivo. Tuvo que vencer la tentación de arrojarlo contra el suelo.

—El libro, escrito en el año 859 por el cordobés Ben Afla, es una traducción de la versión prohibida de una obra egipcia antiquísima, conocida como el *Amduat*. En él se describe cómo se puede invocar a demonios y conseguir que accedan a nuestro mundo, así como la explicación para poder abrir y cerrar dichas entradas. Narra la posibilidad de controlarlos, sus nombres y sus jerarquías. Nunca leas durante mucho tiempo el libro, o sufrirás terribles pesadillas. Jamás se te ocurra invocar sus poderes y nunca permitas que caiga en malas manos. En caso de necesidad, destrúyelo; pero creo que puede sernos muy útil en la lucha contra las fuerzas de la oscuridad. Por el momento, llévalo a lugar seguro, a la espera de lo que ocurra en los próximos días.

—¿Y qué entendéis por un lugar seguro? Si nos enfrentamos a demonios, no creo que exista un lugar seguro sobre la faz de la Tierra.

—Lo sé, hijo mío, lo sé. Pero nuestro compromiso con Dios en estos momentos nos impone actuar con tenacidad y disposición al sacrificio, sea cual sea el resultado. Creo que deberías dirigirte a la corte del rey de Pamplona, nuestro señor García Sánchez el Segundo, que Dios lo tenga en su gloria, o quizá pedir la protección del conde Borrell de Barcelona; podrías cruzar los Pirineos, o incluso viajar a Roma.

—Pero ¿cuál creéis que es la mejor opción? ¿Dónde debo dirigirme, padre?

—¿Todavía no lo entiendes, Hugo? No quiero saberlo. Nunca podré confesar algo que desconozco. Es lo más seguro para todos.

—Abad Fortuño, vos también debéis huir del monasterio. Con toda seguridad, esos hombres volverán, posiblemente con menos amabilidad. Si nos acompañáis en el viaje, podremos protegerle.

—Hijo mío, mi tiempo ha pasado. A mi edad, no pienso huir de nadie. Tengo a Dios a mi lado y no tengo miedo a la llegada de la muerte, que a todos nos alcanza. Para ser sincero, quizá un poco al dolor y a lo que os pueda pasar a vosotros y al monasterio, sobre todo a los libros. En cuanto os vayáis, enviaré a algunos de los monjes más jóvenes con nuestras preciadas reliquias y con los volúmenes más valiosos a plazas más seguras que esta abadía. Bajemos, el tiempo apremia.

Suspiró y se pasó la mano por la calva mientras contemplaba los libros en los estantes del *scriptorium*. Anduvieron el uno junto al otro, despacio, sin decir palabra, ya que no había nada más que decir.

II

Garland de Anjou

El abad Fortuño gruñó de dolor mientras le pisaban la cara ensangrentada y polvorienta contra el suelo.

—*Assez*,¹ Arnaud, ya basta. No le golpees tan fuerte o lo matarás; y no me gustaría nada que eso ocurriese. Sabes que odio enfadarme.

Arnaud, un gigantón barbudo con enormes y fuertes brazos, se retiró de Fortuño con cara de terror, con la misma expresión de alguien a quien le han lanzado una víbora a la cara.

El hombre que había hablado se acercó lentamente. Vestía una túnica hasta las rodillas y unas calzas grises, discretas pero elegantes; llevaba sobre el pecho una coraza de una sola pieza labrada que se ajustaba al torso, de calidad, pero sin brillo, del color de la ceniza; a su espalda revoloteaba una capa de piel de lobo con capucha. Se movía con un aire de calculado descuido, con una agilidad que recordaba el andar de los felinos. Era un hombre esbelto pero fuerte, de mediana estatura y larga melena morena, de rostro atractivo y sonrisa amable. Sin embargo, sus ojos no eran amables en absoluto. Tenía unos ojos grises glaciales, que miraban sin compasión y calababan hasta los huesos.

El forastero se acuclilló despacio junto al abad, y con una voz dulce y suave dijo:

—Padre, se equivoca si piensa que disfruto con esto. Además, he de reconocer que hemos sido muy descorteses, ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Garland de Anjou. Soy, por así decirlo, un agente

¹ En francés, 'suficiente'.

comercial de mi señor, el cual me ha encomendado una misión. Debéis saber que soy una persona muy tenaz y obediente. Cuando me encargan un trabajo, no cejo en mi empeño hasta conseguirlo, sin que nadie, repito, nadie pueda evitarlo. Por supuesto, eso incluye a los monjes, sea cual sea su rango, abad.

Garland Dos Caras —nadie osaba usar dicho apodo delante de él, aunque así le conocían sus hombres— se levantó y dio la espalda al abad, quien se arrastraba inútilmente por el suelo en dirección al monasterio en llamas. Mientras contemplaba el incendio que lo consumía, le preguntó:

—Y bien, querido abad, ¿dónde está el cáliz?

—¡No pienso decirte absolutamente nada! Cuando nuestro señor, el rey García Sánchez, tenga noticias de lo que has hecho en sus tierras, ¡te arrancará la piel a tiras, mercenario del demonio!

—¡No, no y no! —le gritó Garland rodeándole lentamente, imitando con ironía las reprimendas que los tutores lanzan a sus pupilos—. Utilizáis la palabra «mercenario» como algo despectivo, cuando en realidad no existe nada más puro y sincero que un mercenario fiel a su patrón —saludó teatralmente al abad y continuó—: Sin ir más lejos, vos también sois un mercenario al servicio de Dios, vuestro patrón.

El abad Fortuño intentó levantarse del suelo, sin conseguirlo. Colocándose a cuatro patas, cubierto de polvo y escupiendo sangre por la boca, le contestó con una rabia impropia de un hombre de su edad.

—¡No mancilles al Señor poniéndolo en tus impíos labios, ladrón! ¡Yo no mato por dinero, ni me vendo al mejor postor por un puñado de monedas, Judas!

—¿Seguiréis a Dios si no os prometiese nada a cambio? ¿Si no os ofreciese el perdón, el cielo y la eternidad? ¿No les ofrece Alá a los musulmanes que caen en combate un paraíso lleno a rebosar de doncellas vírgenes? —Acompañó esta última frase con un obscuro movimiento de caderas, que arrancó las risas de sus hombres—. ¡Malditos hipócritas con hábito! ¡Orondos borrachos que no sabéis lo dura que es la vida ahí fuera, que acumuláis riquezas y tocáis a las mozas con una mano mientras les reprocháis sus pecados con la otra!

Garland se acercó a Fortuño con ojos enloquecidos. Lo cogió por el hábito y lo levantó situándolo frente por frente. Pasó un rato mirándolo a

los ojos, hasta que recobró la compostura. Una vez calmado, le sonrió y le sacudió el polvo del hábito con cuidado.

—En cuanto a crímenes y muertes, como religioso no tenéis derecho a reprocharnos ni una palabra. En el nombre de Dios, Alá o como queráis llamarlo, habéis cometido más atrocidades que nadie. En nombre de vuestro Dios se han asesinado a más personas que en nombre de ningún otro rey sobre la faz de la Tierra.

—Lo creas o no, mercenario, pagarás por tus crímenes dos veces: una ante el señor de estas tierras y otra ante Dios —le contestó, aguantándole la mirada.

—No comprendéis la situación, anciano. Tu miserable rey tendrá a estas alturas problemas más importantes de lo que imaginas. Todavía no lo sabéis, pero vuestro mundo ya no existe; nadie vendrá a rescataros. Y bien, ¿cuál es vuestra decisión?

—¡Vuelve al infierno a lamer el culo de tu amo! —gritó el abad tras lanzar un escupitajo sanguinolento a los pies del caballero.

—Me lo temía. Esperaba que no eligierais el camino doloroso, pero a la vez estaba seguro de que acabaríamos así. Muy bien, sarna con gusto no pica. Tú y tú, descalzad al monje y ponedlo sobre el banco del carpintero. Tú, acércame ese martillo.

III

La huida

El sol ya se encontraba en lo alto del cielo, cuando comenzaron el ascenso por la empinada ladera de la montaña, siguiendo un tortuoso camino de cabras cubierto por una ligera capa de nieve. La pequeña caravana la formaban dos jinetes a caballo y una mula cargada con los víveres y demás bagaje. A la cabeza se encontraba Guillermo, vigilante y nervioso. Cabalgaba unos metros por delante, atento a cualquier sonido que pudiese delatar una emboscada proveniente de los márgenes del camino, muy propicios para ello por tratarse de bosque y matorral bajo y espeso. De vez en cuando se alzaba en su silla de montar para otear lo más lejos posible.

—*Fils de pute, salaud de merde!*²

Como siempre que se ofuscaba, cosa que ocurría de vez en cuando, murmuraba insultos y blasfemias en idioma franco. Hugo no sabía muy bien por qué, pero al parecer los insultos le brotaban mucho mejor en aquella lengua. Imaginaba que tenía relación con su vida anterior al monasterio, pero había aprendido a no preguntarle por ese tema, ya que se volvía huraño y taciturno al momento.

Cuando alcanzaron la cima de la montaña, detuvieron las monturas y miraron nuevamente atrás. Esta vez no tuvieron la menor duda. Observaron en silencio el ascenso de perezosas volutas de humo negro surgiendo del lejano monasterio. Las monturas cabecearon nerviosas, como si sintieran la angustia y preocupación de sus jinetes.

² Vulgarmente en francés, ‘hijo de puta’, ‘cabrón de mierda’.

Guillermo agitó las riendas y puso al hermoso caballo castaño en movimiento, rompiendo tan amargo momento.

—No nos detengamos más, muchacho. No permitamos que el sacrificio del abad Fortuño sea en balde.

—Señor, cuida de mi padre —murmuró el joven monje, mientras contemplaba por última vez el que había sido su hogar durante muchos años. Espoleó su montura y se prometió no volver a mirar atrás.